

CRÓNICAS

DACHAU: EL MONASTERIO DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE³⁸

“Todo el mundo ve en Dachau el símbolo de los campos de concentración. No en vano fue el primero. Su nombre quedará para siempre ligado a las más horribles atrocidades de la humanidad. Podría llegar de alguna manera a degradarse ese lugar, donde se cometieron tantos crímenes y donde tantos hombres sufrieron atrocemente, con algún tipo de conmemoración neutra o convirtiéndolo en un lugar turístico. ¿Por qué no fundar allí un convento? Llevaría el nombre de Carmelo de la Preciosísima Sangre, señal de reconciliación entre los pueblos, razas y confesiones”.

Estos son los pensamientos que al acabar la guerra acudieron a la mente de la Madre María Teresa del Amor Crucificado (Berta Verbach en la vida civil), de nacionalidad alemana, priora de un pequeño convento de carmelitas en las cercanías de Bonn-Pützchen, en Renania.

Mucho tuvo que luchar y trabajar para concretar su idea. Convencida de que “la fe mueve montañas”, escribió cartas, entró en contacto con antiguos prisioneros de Dachau, en contacto con autoridades civiles y religiosas, con deportados, etc. Finalmente, en 1963, comenzaron los trabajos de construcción de un monasterio de carmelitas, en el lugar donde fuera el primer campo de exterminio de judíos (de los más de doscientos mil prisioneros que pasaron por allí, murieron casi treinta y dos mil). La comunidad original se componía de siete hermanas, todas aprendices de albañil (en un comienzo habitaban en las barracas donde se habían alojado los prisioneros del campo). Un año después, en noviembre, el obispo Dom Neushäusler, antiguo prisionero, erigió canónicamente en Dachau la clausura papal.

El Carmelo de la Preciosísima Sangre de Dachau tiene forma de cruz, cuyo corazón es el altar. Dispuestas alrededor de él, vueltas hacia el campo de concentración, las celdas de las hermanas. En la prolongación de la cruz, la tumba de la Madre fundadora.

Hoy la comunidad cuenta con 25 hermanas en total, de diversas nacionalidades (una húngara, una italiana, dos suizas y el resto, alemanas). Las mismas cuerdas que servían para tocar las campanas que anunciaban las ejecuciones de los prisioneros, llaman ahora a las hermanas a las diversas obligaciones cotidianas: oración, recreo, oficios litúrgicos, trabajos. Son tres cuerdas: la más gruesa está dedicada a Cristo; la segunda, en el medio, está dedicada a Santa Teresa; y la última, muy finita, casi un cordel, muy gastada y ennegrecida, que era la que anunciaba las ejecuciones, se toca dos veces por día (a las tres, recordando a los moribundos y a la hora del *Angelus*, por los muertos).

Las hermanas se sustentan con su propio trabajo: hacen bordados, artesanías, decoran velas para Navidad, hacen traducciones, responden a las cartas de la TV alemana (en general, preguntas sobre cuestiones teológicas), cultivan su jardincito, cultivan legumbres y crían peces. El portón del convento nunca queda cerrado. A cualquier hora se puede entrar y unirse a las hermanas en su oración incesante. Son muy frecuentes las visitas de antiguos prisioneros, familiares, amigos y parientes de personas que estuvieron en Dachau o que perecieron allí. Los visitantes son de toda clase: laicos, sacerdotes, católicos, no católicos, ateos, judíos, polacos, franceses, alemanes (principalmente alemanes).

³⁸ Adaptación de la revista francesa *Elle*, 20-2-78.

De este modo, el mismo local que presenci6 las mayores atrocidades, ha sido ahora transformado en santuario de reparaci6n donde las hermanas, con el incesante sacrificio de sus vidas en uni6n con la muerte redentora de Cristo, oran por la reconciliaci6n de todos los hombres.